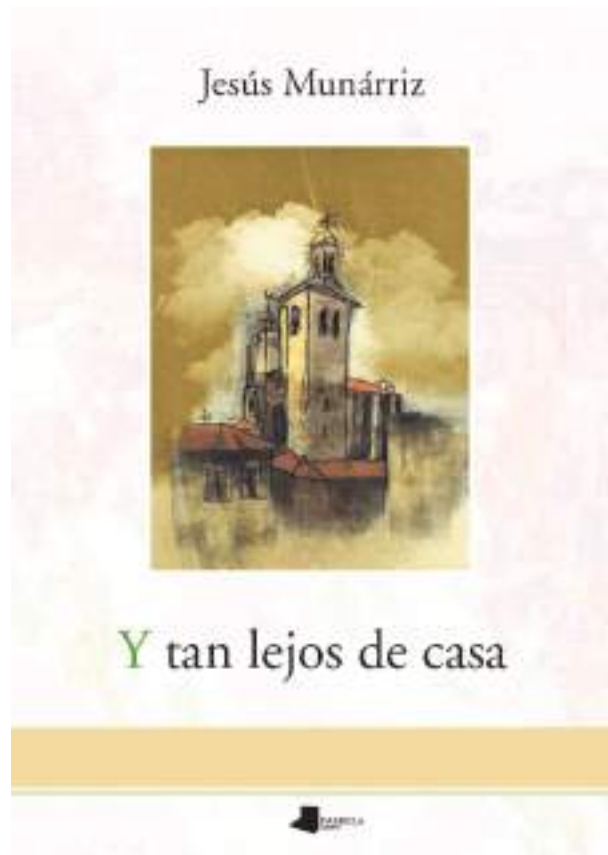


JESÚS MUNÁRRIZ: Y TAN LEJOS DE CASA

Salvador GARCÍA JIMÉNEZ

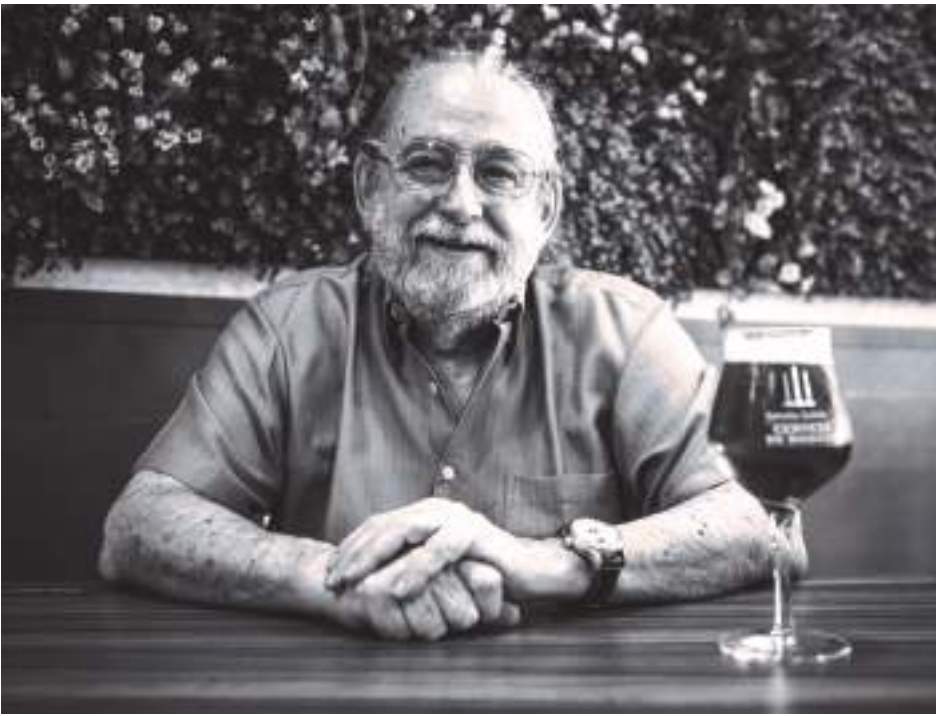
El título de este nutrido libro de poemas ya anuncia que nos encontramos ante una obra que indaga en la poesía de la memoria: la añoranza de un reino perdido, el de Navarra, que a lo largo de sus páginas mantiene un paralelismo con la pérdida de la infancia y adolescencia del autor, aquel que abandona su tierra a los 18 años para vivir en Madrid, aquel que en sus páginas deja bien claro que "sigue nevando en mi Pamplona". De ambos, del reino y los años primeros de su vida, habrá un continuo ensalzamiento ligeramente edulcorado por la distancia y el apego por las causas imposibles. El dilema y la tristeza surgen de ese naciente deseo de "Ser otra vez aquel que fue, que fuiste", mientras en el fondo se es profundamente consciente de que "No hay regreso". Para contrarrestarlo, como un sustitutivo insuficiente, los poemas llegan a ser una crónica de un tiempo y un espacio que se va haciendo más real, y su emoción más creíble, a medida que crece la red de personajes y acontecimientos históricos que mantienen vivo y a ras del suelo el imaginario del poeta. Prueba de ello son títulos como: "Ocupación", "Javier", "Doctor Huarte", "Monólogo del renegado", "Un mal julio", "Doce maneras de cerrar el puño" y muchos otros. Para el autor nunca es tarde "para decir Pamplona, lluvia, invierno, / agridulce niñez, / adolescencia a cántaros". Pero no pensemos que la melancolía y el sentimiento romántico por la ruina de lo que fue empalagan esta vuelta a los orígenes. Al contrario, la transición del pasado al presente huye de la alabanza chauvinista afirmando con claridad que el viaje arroja un balance positivo, como nos dejan claro los versos: "De aquel gris a este azul, / ¡cuánta belleza!".

Conforme vamos avanzando en sus páginas nos damos cuenta de que este libro es mucho más que la recopilación de una galería de retratos ("Casquibul", "Eliseo") y lugares ya desaparecidos ("La plaza vieja", "De la huerta"). Sus versos recogen la derrota a la que el tiempo nos somete, aunque lo hacen desde la perspectiva de una utopía entre serena y desengañada ("Se nota que a ninguno / le han contado el final de la película"), pero no vencida. En su lectura, conmueven poemas como "En tus rodillas, padre", en el que se rememora la génesis de esa visión poética de la realidad que nace de la retahíla de contradicciones que vivamente recuerda de su progenitor. Sucede también en la precisa evocación de recuerdos que, de la mano de su madre, rescata en "La plaza vieja", o en el soneto que titula "Herencias".



Por otro lado, dentro de la variada gama de temáticas, llama la atención la manera sentenciosa, coloquial a veces, con que Jesús Munárriz suele subrayar algunos de los versos de sus poemas. Da la sensación de que quisiera sellar el episodio que nos narra con la sabia experiencia de toda una vida persiguiendo lo minoritario ("Y no querer ser nunca de la mayoría") y lo políticamente difícil ("Ser súbditos implica / pasar de mano en mano"). "Solo es justo el olvido si la memoria es justa", nos dice al final de ese relato de los conspiradores reuniéndose en Pamplona para planificar su acción contra la república. "No quedan ni las cepas" concluirá más tarde como cierre al evocar los locales donde se bebía el vino nuevo de la Cuenca.

Pero, tal vez, la característica más destacable, más personal en esta última entrega poética de Munárriz sea su habitual ironía, el quiebro con el que nos sorprende tantas veces en el relato de sus versos: "cuando aún era el único / único yo también (hijo, se sobrentiende)". Consigue así huir de la grandilo-



El poeta
Jesús Munárriz Peralta.


cuencia, de lo poco o mucho de impostado a lo que la importancia de lo descrito puede abocarle de una manera más o menos consciente. Esa ironía, por el contrario, le sirve a veces para conseguir la autenticidad y el tono que la situación requiere: "Los párrocos / llamaban a los mozos / a defender a dios a escopetazos", "Llueve en mi infancia, llueve, / llueve a diario". Sirve también como una manera de bajar al suelo la magia del fotógrafo en "Ambulante", con ese "inmortalizados / por un par de duros". Al fin y al cabo, el poeta pretende recoger y transmitirnos cómo era "Fantástica la fauna de mi infancia"; tiempos difíciles de posguerra donde "entre todos ni una palanqueta / reuníamos", como escribe en el poema "Discusiones".

En todo este abanico de recuerdos, personajes y postales subyace una visión que siente debilidad por lo político, poniendo en evidencia el abrumador clericalismo religioso de la época ("Colegios", "El padre López"). Resulta evidente cómo los ideales primeros han ido dejando paso a cierta resignada rebeldía y a un convencido pacifismo: "Para qué tantos muertos"; así como a la invocación a alcanzar un mundo donde la vida pase lista "a ricos y pobres" y las patrias lleguen, a vista de avión, a componer un variado paisaje "Y sin interrupciones"; todo sin dejar de hacernos alguna que otra advertencia de lo aprendido del pasado: "Porque en aquel país / las guerras nunca acaban. / Dios es grande".

Como si se tratara de una pintura, de un cuadro que va del impresionismo al realismo más detallista, muchos de sus poemas llegan a ser un testimonio bien documentado de una época extinta en la memoria

poemas como "Antigualla que tal vez te divierta", o en "Canción de los niños de Pamplona".

Conforme se llega al final del poemario se va adueñando de nosotros la sensación de que hemos sido invitados a participar de una poesía escrita con el corazón en la mano, sin retóricas ni metáforas que empañen o dificulten la visión de ese mundo de la infancia que estos versos pretenden rescatar y retener. Nos asomamos al retrato de un mundo en el que "Había que correr delante de los toros", conscientes siempre de que vivimos otros ritos y otros tiempos, pero convencidos también de que en la actualidad "así siguen haciéndolo".

Después de tantos logros en su dilatada vida en el mundo de la poesía, al poeta le queda el dolor de lo perdido, muy cercano a la duda y al reproche sutil de ser bien aceptado ahora que la lista de "La clase está completa". Tal vez por eso compone este puente a los orígenes. Quisiera sentirse de los suyos, que los suyos lo recordaran: "Tomaos unos versos en mi honor / y leed unos vinos recordándome / por San Fermín chiquito, / y cantad algo de la tierra. / Con eso me daré por satisfecho". Porque si algo es este libro en su razón más última, es una minuciosa declaración de amor escrita "A ti mi amor, Navarra". Por eso, después de su lectura, estoy convencido de que la cita con la que se cierra el poemario empieza desde ahora a carecer de sentido. La sentencia "Nemo propheta acceptus est in patria" tendrá que hacer una excepción para con Jesús Munárriz. 

Baeza, a 4 de octubre de 2022.